



En busca de la perfección

Marién Salinas Valera

Entrada

Dicen que las personas como yo no tienen autoestima, pero yo no lo creo así. Frente a mí, el cristal me revelaba a la única mujer que he amado.

Me sonreía escondiendo tímidamente los dientes y sus ojos celestes parecían contener el agua transparente de las playas del Caribe. Ese brillo especial de su mirada estaba adornado por los colores de su rostro; sus labios corales, sus mejillas que parecían haber sido pintadas con acuarelas sobre su piel de arena y su nariz tan única como los trazos que deja la marea al retirarse. Sobre sus hombros caía un fino cabello largo que jugaba con la luz que la alumbraba, creando hermosas tonalidades naranjas, como un atardecer sobre el océano. Caía despeinado con gracia natural sobre su cuello, similar al de un cisne, o así como a mí me gustaba decir, el cuello de un ave fénix que con encanto y pasión sabe convertir las cenizas en fuego sacudiendo el corazón de cualquiera que posa su mirada.

Efectivamente. Cualquiera podría enamorarse de ella, pero yo la amaba. Esa hermosa joven era yo en el espejo.

Vengo de una ciudad donde me consideran exótica por alta, pecosa y pelirroja. Mucha gente se queja de esa sociedad porque todo el tiempo se están juzgando mutuamente, pero yo siempre supe reconocer la atención y sonreír sabiendo que mi aspecto físico intimidaba. Años después esa felicidad se volvió lejana y como si nunca hubiese existido, pasé a ser una persona normal. ¿Qué me faltaba para volver a ser perfecta? Autoexigencia. Tenía que deshacerme de un gran estorbo. Esa parte de mí que odiaba tanto. Es pedazo mío que no debía existir y caían las lágrimas mientras el espejo me torturaba. Otra vez con un temblor de manos sujetaba una navaja. No podía soportar más las ganas de arrancarme los pedazos que me sobraban. Necesitaba deshacerme de la grasa que me volvía ancha, tenía que cortarla. Ya no sabía qué hacer. ¡Necesitaba volver a ser perfecta para respirar! Respiré. Solté el cuchillo y me lancé al suelo con ambas manos en la frente. No. No era esa la manera.

Dicen que las personas como yo no tienen autoestima, pero yo no lo creo así. Justamente es el amor propio el que nos hace aspirar a la perfección.

Segundo

Había solo un motivo por el que elegí ver esa película con él presente. Las personas mayores insistían en que la protagonista era igualita a mí y mi curiosidad de corroborarlo era nula si se comparaba a las enormes ganas que tenía de que mis amigos también se dieran cuenta del parecido y les gustara yo un poco más. ¿Mis amigos? No. Uno solo en especial. Ese moreno que me hacía sonreír entre oscuros pensamientos, ese mismo que me ayudaba en matemáticas cuando me bloqueaba días antes del examen. Ese chico corpulento de labios gruesos y mirada dulce que me hacía sentir protegida con tan solo estar presente. Ese amigo que se encontraba a mi lado viendo la película. Apoyé mi cabeza en su hombro, pero él no parecía notarlo, o tal vez no quería hacerlo. Me entristecí. Solo hubo un comentario suyo sobre la actriz, a quien nunca relacionaron conmigo: "Me parece preciosa". Probablemente, opinaría lo mismo de mí si tuviera ese cuerpo. "¡Llegó la pizza!", anunció uno de mis amigos con una gran caja en las manos. Así empezó la tortura. No. Desvié la mirada, pero el olor era insoportable. Podía imaginarla perfectamente mientras el riquísimo olor de queso derretido sobre el pan, que crujía al ser cortado invadían todos mis sentidos. Voluntad, supliqué. Solamente me atreví a acercarme a los restos cuando mis amigos salieron a fumar. Los contemplé. Quedaban dos pedazos y medio. ¿Y esa actriz comía pizza? En un arrebato de furia me llevé todo un pedazo a la boca y no logré parar hasta acabarme todo lo que quedaba en la caja. Era

tan rica que no entendía cómo podía ser así de mala y solo entonces vi el póster de la película que estábamos viendo en el empaque del DVD. Bruscamente, la culpa me llegó al estómago ¿Cuántas calorías? ¿Hace cuánto tiempo que estaba a dieta? Hoy fue la Pizza, mañana un chocolate y pasado mañana voy a pesar cientos de kilos. Hacía tiempo que no me arrepentía tanto de algo. Las voces de mis amigos empezaron a aproximarse y corrí a esconderme en el baño... ¿A esconderme?

Postre

El espejo me mostró a alguien que no conocía. Una chica con rostro hinchado, dientes amarillentos y ojos ensangrentados me miraba con rabia. Sigue, me ordenaba y tenía que volver a agacharme hacia el lavabo. Miré con desprecio unos dedos marchitos que terminaban en uñas azules. Sigue, repetía, ¡SIGUE! Hasta que de pronto no fue necesario. El sabor del ácido comenzó a agradarme, incluso a ser indispensable en mi vida. Una y otra vez el demonio se apoderaba de mi voluntad y se encargó meticulosamente de que yo sola me destruyera. Perdía consistencia, perdía noción de la realidad, perdía amigos, pero no perdía kilos. La vida se volvió tan delgada como nunca logré estar.

El ave fénix moría en oscuro polvo en vez de en cenizas. Se trataba de un polvo negro del que ya no podría renacer después. Pero así debía de ser. Ya se había tragado el veneno, ahora solo le quedaba conservar ese vacío. El mismo vacío que yo tenía que mantener en mi estómago, el mismo vacío al que tanto me había acostumbrado.

Dicen que estoy enferma, que no tengo piedad, que no tengo amor propio. Yo pienso que se equivocan. Esa desesperación por ser querida, esa carencia de afecto atormenta mi mente de tal manera que raspa mi estómago, igual que el vómito. Sí, ahí radica mi verdadera enfermedad. No existen los despiadados, solo los enfermos de amor, los que buscan incansablemente la perfección, como yo.